

Pedro Naranjo, Mauricio Ahumada, Mario Garcés y Julio Pinto.
Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile.
Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR.
Editorial LOM, Santiago de Chile, 2004, 354 pp.

ESCRIBIR LA HISTORIA DE la figura emblemática de un movimiento revolucionario y de su proyecto político, como Miguel Enríquez y el MIR, respectivamente, es, sin duda, un desafío historiográfico, no sólo por la dificultad de sus contenidos —que, sin duda, polemizarán hasta el cansancio—, sino porque significa comer del «fruto prohibido», tras la frontera entre veracidad y estigmatización histórica de su hacer; más aun si la conciencia colectiva general, en el plano de la acción política, ha terminado por legitimar, tras el discurso moral e institucional, lo que Max Weber expresó sobre el uso de la violencia en relación con el Estado «como el actor monopólico de la coacción física legítima». Por lo tanto, historiar la vía ilegítima de transformación más radical hecha en Chile, como lo fue el MIR, es zafar fundadamente de los calificativos que lo simplifican a un rol histórico moral de la teoría de los extremos,

senda impuesta por el imperativo historial de los vencedores.

El texto se estructura sobre la base de una recopilación de documentos del MIR y de su figura, Miguel Enríquez, que van desde 1965 hasta 1974. Los autores seleccionaron más de veinte textos de un universo de 900 páginas, superando incluso los 120 documentos. Pedro Naranjo, Coordinador del CEME, junto a Mauricio Ahumada, Mario Garcés y Julio Pinto, nos presentan una selección cronológica de discursos, manifiestos, epistolario, homenajes, etcétera, del MIR, que resumen su posición en un lapso de tres periodos históricos: la década de los 60, en la etapa prerrevolucionaria y de formación del MIR; la de 1970, en su relación con la UP, y, por último, el año 1974, bajo la dictadura.

La primera etapa del libro sintetiza la vida de Miguel Enríquez, el joven penquista criado entre las tensiones del carbón, el mundo

militar y la convivencia universitaria. Hijo de Edgardo Enríquez Frodden (quien posteriormente sería rector de la Universidad de Concepción) y Raquel Espinosa, creció junto a sus tres hermanos en una infancia cálida y culta. Será Marco Antonio, su hermano mayor —además del Bauchí (Bautista van Schoewen)—, integrante del GRM, Grupo Revolucionario Marxista, quien influirá en Miguel y en Edgardo, su otro hermano, en el conocimiento de las ideas trotskistas, hecho que culminó con la creación del Movimiento Socialista Revolucionario (MSR). En 1957, Miguel entrará en las Juventudes Socialistas, y entre 1962-63 militaré en el PS. Ya instalado en la universidad, sostendrá fuertes diatribas con sectores de las federaciones estudiantiles y autoridades universitarias, y en 1963 crea el Movimiento Universitario de Izquierda (MUI). Ya en ese período, Miguel criticaría la falta de radicalidad del PS-PC-FRAP, en el primer congreso desarrollado por la Vanguardia Revolucionaria Marxista (VRM), pero sólo será a partir del 15 de agosto de 1965 cuando Luciano Cruz, el Bauchí y Miguel centrarán la decisión de una lucha por la vía insurreccional, en apoyo a pobladores, campesinos, obreros y mapuches.

En los documentos de Miguel Enríquez y del MIR, podemos advertir las constantes simpatías con

las tesis estratégicas y prácticas de la revolución permanente de Trotski y las ideas de la vanguardia leninista, en una coyuntura histórica en la que el reformismo discursivo imponía su quehacer en medio del auge de cambios sociales. Esto los llevará, en 1969, a romper con los integrantes de la vieja escuela.

Las siguientes cuatro partes del texto se correlacionan cronológicamente. La segunda etapa (1970-1972) nos muestra la reflexión discursiva que el MIR imprimirá en sus acuerdos y diferencias con la UP. La agudización de las acciones directas que tomaron auge a partir de 1967, habiendo consagrado la reputación del MIR por el estímulo de su lucha revolucionaria desde abajo (frentes de masas huelgas, acción directa), a contrapelo de su visión entre los grupos reformistas, que lo consideraban la causa de conflicto en las relaciones entre la UP y representantes de la DC. Otro factor por destacar en los documentos expuestos en este libro será la muerte del mirista Luciano Cruz, en 1971, y la etapa de críticas al reformismo y a las políticas de la UP, en aproximación a los sectores burgueses del freísmo y a la derecha, tras los conflictos de 1972.

La tercera etapa (1971-1973) mostrará al MIR cada vez más tensionado por el rechazo a la vía pacífica del centrismo PS, MAPU, IC, y al reformismo de la UP, poniendo en

peligro la senda del pueblo hacia el poder. Por esto, Miguel buscará promover una acción política pragmática proletaria con fines democráticos y socialistas, contra el Estado burgués, la burguesía nacional y el imperialismo. Los documentos y declaraciones de Miguel Enríquez muestran fuertes disputas con sectores del PC, acusándolos de su falso rol pluripartidista. Tras el triunfo de la UP por mayoría en las elecciones de su congreso, en enero de 1973, el MIR comenzó una política de acuerdos con la UP (PS e IC) para hacer madurar el proceso revolucionario. Para dicho efecto, exigía tareas para el pueblo (lucha, resistencia, comités de coordinadores populares en hospitales y liceos, en defensa de la comuna), con el fin de combatir la ofensiva contra el sabotaje y la crisis patronal, liderados por el PN y la DC (Frei, Jarpa, Labbé). Las alianzas del MIR se abrirán más, tras el fallido intento de golpe de estado de junio de 1973 (denominado «tanquetazo»). Sin embargo, el golpe de estado hundirá definitivamente al MIR en la clandestinidad.

La última etapa, que abarca desde septiembre de 1973 a octubre 1974, mostrará la resignificación de Miguel Enríquez (en una entrevista posgolpe) y la visión del MIR tras esos acontecimientos. Se culpará al reformismo liderado por la UP del fracaso del gobierno liderado por

Allende, por cuanto, en lugar de golpear de manera rápida y directa el poder burgués (al estilo de Cuba), el gobierno terminó enredándose dentro de un marco de acción legal del aparato capitalista, obviando un empoderamiento popular de acción directa armada. Ello habría dado tiempo para que la derecha, con ayuda externa, recuperara al Estado bajo su liderazgo, condenando al proyecto popular a su terrible derrota tras los años de la dictadura.

Polémica tesis, si se tiene en consideración que encerrar el fracaso de la UP a partir de los conceptos «Reformismo o Revolución» es tan cuestionable como la tesis del vacío de poder dejado por la DC, o la falta de liderazgo unitario en la izquierda. En todas esas tesis, hoy ya clásicas, la invisibilidad de los actores sociales es evidente, por cuanto brillan por su ausencia. Y no escapa a ello el hecho de que el MIR arremetiera con una fuerte denostación la lucha de otros sectores de izquierda, subvalorando su trayectoria histórica e imponiéndose imperativamente como una vanguardia teórica, como fuente y motor de la lucha desde abajo. El binomio «teoría y base de acción social», más bien procesó una visión más ahistórica, que de respeto a una praxis histórico-popular.

Sin duda, esta obra nos muestra de primera fuente un fragmento desconocido y prohibido de la izquierda chilena, y se suma a los

textos escritos, entre otros, por Igor Goicovic, Luis Vitale, Carlos Sandoval y Sebastián Leiva. Echamos de menos, quizás, un capítulo que efectuara un análisis crítico a partir de los temas expuestos por el MIR. Al parecer, ocurrió una de dos: se optó por dejar dicha labor al lector crítico, o bien faltó el salto cuestionador en relación con una izquierda que, a veces, no quiere poner en el banquillo de los acusados a quienes, en el pasado, presente y futuro, constituyen símbolos de su historia.

De todas maneras, se trata de un libro fascinante, que nos permite reflexionar, tanto a partir de pequeñas polémicas como en torno de si el MIR fue fundado efectivamente por estudiantes de Concepción o si ésta fue una tesis defendida por los miristas exiliados, en su velada disputa por el liderazgo histórico de los grupos de izquierda (polémica con Luis Vitale). Surgen, también, aspectos tales como los relacionados con el pluripartidismo de los sectores de izquierda y la crítica de los frentes populares. En este punto, la disputa entre el PC y su predominio como partido de clase obrera, entraría en debilidad bajo una estructura donde las contradicciones de «capital-trabajo» estaban sometidas a un «Estado Empresario» para aquellos años. De ahí que, sin embargo, el radicalismo del MIR, lejos de lo que pudiese pensarse, no excluyera —como sí

hicieron otros grupos de extrema izquierda— a los frentes amplios de lucha, como lo demuestran sus discursos y documentos, considerando la debilidad con que los partidos de clase pudieran, de facto, irrumpir en el Estado por el programa reformista de la UP.

El rol de un cambio social a través de la opción «Reformista o Revolucionaria» nos lleva a reflexionar, hoy, en el presente, tras 32 años del golpe, si el supuesto carácter espontáneo de los Movimientos Sociales actuales en América Latina seguirá imponiendo sus frutos en la demanda de los actores sociales de la región, en tan diferentes estructuras históricas, económicas y políticas, en cada uno de sus países, o si bien será sólo un cambio cortoplacista; si, ante el complejo proceso neoliberal en marcha, la opción de una lucha por la vía de la vanguardia se hace, aunque más polémica, hoy, tras las transformaciones sociales y estructurales, quizás necesarias en ciertas reflexiones de lucha a largo plazo, recordando aquellas épocas históricas en las cuales el capital social entrara en crisis como poder de acción organizativo de la sociedad. Si esto fuera así, las propuestas de Miguel Enríquez y el MIR estarían más vigentes que nunca, y este libro nos sale de buen paso al camino.

MARCELO ROBLES ZÚÑIGA.